

EL MANUSCRITO SEFARDITA

Nota del autor

Este relato trata sobre una época de Zaragoza muy controvertida; para que el lector reconozca las calles que aparecen en la redacción, utilizaré los nombres actuales en lugar de los que se detallan en el manuscrito primigenio. En aquella época no existía San Vicente de Paúl, todo eran vías estrechas y una red laberíntica de callejones. El barrio judío, la aljama, era uno de los más grandes de España; comprendía una extensa zona entre la actual calle de la Verónica y el Puente de Hierro, entre sus edificios importantes estaba la sinagoga, actual iglesia de San Carlos. Las calles se denominaban según los oficios que desempeñaban sus vecinos, así han quedado algunas hasta hoy, incluso para dar nombre a un barrio como es el caso de "las Tenerías".

El Manuscrito es un "Exodo" del siglo XV, una historia triste y lastimera que nunca más se debe repetir. Los judíos fueron expulsados de Zaragoza sin ninguna contemplación. Aquí quedaron sus casas, sus enseres más queridos, sus recuerdos. Aquí dejaron, en muchas ocasiones, su vida. Sin embargo lo único que nos quedó de ellos son los baños judíos del Coso y su historia, nuestra historia quebrada y dolorida. También permaneció el espacio en el que vivieron, el mágico espacio de nuestro Casco Antiguo, en donde al tocar alguna piedra y cerrar los ojos, quizás sintamos los aires romanos y godos, quizás los judíos y musulmanes o acaso las vibraciones de la cañonería de Felipe II o de Napoleón. Pasear por nuestro Casco Histórico es darse una vuelta por la Historia y sobre todo, por las vidas de aquellos convecinos que nos precedieron, muchos de ellos viviendo la guerra, el dolor, o como en el caso de Samuel Benachá, el odio, el racismo y el desarraigo más terrible. Sus lágrimas caen sobre nuestras conciencias como si fueran fuego.

Zaragoza. 2003

Lo encontré por casualidad, por una de esas extrañas casualidades que casi te hacen creer en el destino. Con motivo de un congreso de pediatría me encontraba en Londres. Fue un viaje relámpago de dos días; pura ciencia por la mañana y ocio cultural por la tarde. Recuerdo que era otoño, un típico día londinense de húmeda y densa niebla. Paseaba entre Trafalgar Square y Westminster cerca de la Iglesia de Saint James, cuando reparé en una callejuela en la que se encontraba una librería muy destartalada. Se leía "Book Shop" en unas letras redondeadas, en azul vivo, sobre un fondo de despintada madera. Mi curiosidad se destapó y me acerqué; el vaho de mi aliento me precedía como una especie de nube mágica.

La regentaba un viejecillo de puntiaguda barba grisácea y ojos despiertos e indagadores, quien, al abrir yo la puerta y sonar, tenuemente, una campanilla, volvió su mirada hacia mí sonriente. Estaba apoyado sobre un pequeño mostrador leyendo un periódico antiguo, de papel amarillento, tipo sábana. Le saludé en inglés pero el, de inmediato, me contestó: "Es usted español, ¿no?"; su acento no era anglosajón en absoluto, el "deje" quizás sonara argentino o uruguayo. Sonreí; pensé cómo era posible que en dos palabras se notara tanto que yo no era inglés. Le dije que sí y le comenté que estaba en Londres por mi profesión y que sólo permanecería un par de días. Distraídamente dibujé una mirada circular sobre todo lo que me rodeaba. Era impresionante. El espacio era mayor de lo que, aparentemente, presuponía la pequeña puerta. Las paredes estaban llenas de estanterías de madera con

infinidad de libros apilados longitudinalmente unos y transversalmente otros, libros viejos, ningún "best-seller" se destacaba entre ellos. Al fondo, una cortina granate cerraba la estancia, otorgando al lugar un aire aún más misterioso.

"Que desea"- me dijo el viejecillo

"Pues nada en particular, soy aficionado a los libros y me ha intrigado su librería"- le contesté

"Je, je, je," -rió-. "Pues mire, mire, seguro que encuentra algo de su interés, los libros en castellano están ahí"- señaló con un dedo extrañamente delgado.

Hacia un rincón de la librería me dirigí y comencé a ojear aquellas obras, cuya inmensa mayoría eran desconocidas para mí, de reojo miré al viejecillo, que se enfrascaba de nuevo en la lectura del viejo diario. No tardé mucho tiempo, soy enormemente despistado, en darme cuenta que casi todos los autores eran judíos y las fechas de impresión anteriores a 1850, me sorprendí, volví a mirar al viejecillo para cerciorarme si llevaba sobre la coronilla el gorrillo típico o *kípá* judío, pero ví que no era así. De repente abrí un tomo encuadernado en vetusta piel. En la primera página

leí : "Mis días en Zaragoza" (Sobre un manuscrito de Samuel Benachá.

Jerusalén 1494) por D. Elmalen. Buenos Aires 1834.

Inmediatamente quedé sustraído a la lectura de aquella joya que trataba sobre mi ciudad, aunque en seguida comprendí que no era el lugar más adecuado para relajarme con ella. Con el libro en la mano fui hacia el mostrador en donde el librero leía ensimismado.

"Ejem, perdón, me interesa mucho este libro"- le dije

"Ah, vaya, ¿es usted judío?"- me dijo como invitándome a responder afirmativamente.

"Pues no, pero soy de Zaragoza y el libro trata de allí"-repuse casi pidiendo perdón

"¡Qué lástima! Bueno que más da....Este, el precio es de 200 libras"- expuso suponiendo que me iría silbando

No lo pensé, saqué el dinero de la cartera y lo dejé sobre el mostrador.

"Adios, muchas gracias"- balbuceé

Al abrir la puerta un discreto "Good afternoon" se sobrepuso al ruido de la campanilla. Caía ya la noche en Londres y volví sobre mis pasos, rodeé St. James Park, rumbo a Victoria Street pues allí se encuentra The Albert, uno de los pubs más conocidos de la zona. Mi mente estaba puesta en aquel tesoro que llevaba bajo el brazo y qué mejor manera de comenzar su lectura al abrigo de un cálido local y con una pinta de "Guinnes" sobre la mesa.

El frío me hizo acelerar el paso y subirme el cuello del abrigo, la niebla se espesaba por momentos y entre en "The Albert" suspirando. No había mucha gente, pedí mi cerveza y me senté en una pequeña mesa, junto a un ventanal esmerilado, miré hacia una farola que difícilmente se distinguía y que otorgaba a la niebla sorprendentes reflejos. Abrí el libro con cierta melancolía...

MIS DÍAS EN ZARAGOZA

(Sobre un Manuscrito de Samuel Benachá. Jerusalén, 1494)

Por D. Elmalen. Buenos Aires. 1834

Viajé a la tierra de Israel hace sólo dos años; nunca había estado. En mi maleta un viejo manuscrito familiar; unas tristes memorias de un antepasado lejano. Recorrí Palestina de punta a cabo, desde Galilea a Jerusalén, intentando encontrar las respuestas a tantas preguntas, a tantos dolores históricos. No las encontré, si acaso ciertas nostalgias o deseos quiméricos de que algún día el pueblo de Israel pueda unirse y vivir bajo un mismo cielo. Visité el barrio armenio, el cristiano, el judío y el musulmán de la ciudad de Dios, pero sólo ví mercadería, zocos abarrotados y un sinfín de idiomas y de razas viviendo en una Babel indescriptible. Mis familiares tenían una pequeña casa en las

afueras de la ciudad, con su pequeño huerto, con unos olores penetrantes de olivo y azahar. La casa la habían construido, cuatrocientos años atrás, aquellos antepasados que huyeron de Sefarad, que salieron olvidando hasta sus mantos, perseguidos por el odio y la iniquidad. Entre ellos el autor del manuscrito que celosamente he guardado. Me he decidido a publicarlo aquí, en Buenos Aires, después de una ardua traducción del sefardí, sobre todo para que los muchos judíos argentinos sepan que no se

puede estar nunca tranquilo, que la intolerancia aparece a veces como una flor mortal, que los judíos somos siempre un blanco fácil, tenemos toda una historia en contra, una historia de persecución racial, iniciada hace casi dos mil años, en las colinas del Neguev, cuando Tito arrasó Jerusalén. En Alejandría, en Europa, en mi España, en mi Sefarad...

Decía que mis familiares tenían una casa en Jerusalén. Sí, sus poderosos muros guardaban un huerto de olivos, naranjos y cerezos; las matas de pimientos y tomates salpicaban de colorido aquella tierra casi blanca, pobre, con terrones duros y difíciles de labrar. La casa era grande, pintada a la cal y con estancias frescas y sombrías. Un patio interior, acaso tomado de antiguas influencias musulmanas, daba al lugar una paz especial, un sitio adecuado para la meditación, el rezo, la interiorización. En él estuve mucho tiempo, todo aquel que me permitían mis constantes viajes por Palestina. Comencé a traducir el manuscrito de Samuel allí, también allí se despertó en mí una extraña ansiedad, conocer Zaragoza, averiguar el porqué de aquella huida. No me dio la respuesta mi posterior viaje a España, no la encontré tampoco en Cerdeña, en dónde Samuel permaneció dos años escribiendo el libro, la he encontrado aquí, en Buenos Aires, al terminar la traducción del manuscrito. Por mi cara resbalan lágrimas, lágrimas que queman. Se despiertan en mí odios que no creyera nunca que pudiera albergar. Mi familia llegó a Zaragoza con las legiones romanas, en ella vivió más de mil años y se sentía integrada en un territorio en el que las tres culturas, judía, cristiana y mora, convivían, a veces con problemas, no lo niego, pero siempre buscando el lugar de coincidencia, nutriéndose de expectativas de un futuro en concordia. Todo se acabó en tan poco tiempo....He descubierto las miserias más desgarradoras con la traducción de éste manuscrito. Con la vida despiadada de mi antepasado Samuel Benachá, con el éxodo de los sefarditas huyendo por las tierras de España, perseguidos, calumniados, asesinados. Hoy, en Buenos Aires, vivimos con cierta tranquilidad, aunque siempre hay miradas de descontento cuando nos ven con el kipá en la cabeza; todo es fruto de la ignorancia, del desconocimiento y la incomprensión. Como hace cuatrocientos años, cuando en Zaragoza, reinaba el caos, el terror y la muerte.

David Elmalen, Buenos Aires, Agosto de 1834

Yo, Samuel Benachá, comienzo a escribir esta memoria en Oristano, en Cerdeña, en el año de 1493. Relato los sucesos que ocurrieron en Zaragoza, en Sefarad, no hace mucho tiempo.

LA GRAN MENTIRA

Nunca quise ser cristiano. Aquella dolorosa obligación nos fue impuesta de forma ruin y lamentable. Eso, el exilio o la persecución más alienadora; no había otras opciones. Zaragoza se llenó a principios de siglo de conversos. La aljama se convirtió en un lugar casi invivible, de forma tal que hubo que construir un poblado al otro lado del Ebro, cercado, eso sí, pues los judíos no podíamos residir fuera de la aljama. Desapareció posteriormente pues la epidemia de peste de 1429 diezmo la población de tal manera, que incluso el propio barrio judío perdió la cuarta parte de sus habitantes. La sinagoga, que la llamamos de Cehán y

que había sido inaugurada en 1407, fue clausurada y, en poco tiempo, se erigió una iglesia cristiana en el mismo sitio. Con evidente riesgo, nuestras fiestas las celebrábamos en casas particulares. Yo nací en un momento en el cual ya se había aceptado como normal esa situación. Era el año 1435. Según me dijo mi madre un "yom tov", un buen día del cristiano mes de abril, nuestro nisán. Un día que me trajo a un mundo sin sentido, duro e injusto. Eramos una familia reducida pues además de mis padres, solo nacimos dos varones, yo el segundo, y una hembra que vino después.

Mi infancia trascurrió entre silencios y miedos. Temerosos todos de las miradas, de las puertas cerradas, de los tumultos. Acostumbrados a las ofensas, a los desprecios soterrados o directos. Me bautizaron en la Seo, según mi padre la ceremonia resultó fría y silenciosa, todo lo contrario que el día de mi circuncisión en la casa de un tío mío, David de Figueras, en donde corría la alegría y el cariño, recuerdo aquella casa, estaba en la calle Rebolería y era grandiosa, llena de historias, de libros y de viejos pergaminos. Cuentan que mi madre cantó coplas con voz maravillosa, dulce y entonada, yo nunca tuve la suerte de oírla cantar.

Debido al cierre de la sinagoga no asistí a la escuela talmúdica, me enseñaron las primeras letras en casa de un pariente, un rabino severo y eficiente, Slomo Buisán se llamaba. Allí aprendí el hebreo y el sefardí. Y muchas otras cosas, entre otras supe interpretar la Cábala y amar mis tradiciones, unas tradiciones vituperadas, absurdamente cercenadas. Dadas mis aptitudes para el estudio, al día siguiente de mi Bar-Mitzvá, es decir cuando cumplí los trece años y me admitieron en la comunidad, fui de aprendiz con el médico Manuel de la

Paz, quien me enseñó todo lo que sabía. Era portentoso con el escalpelo y las pócimas.

La vida era difícil. Al ser mi familia de judíos conversos no éramos bien vistos por nuestros hermanos y menos por los moros y cristianos, sin embargo los primeros sabían de nuestro doble juego y no nos delataron entonces.

Coincidió mi aprendizaje en medicina con otra epidemia de peste. Era el año 1448. Los cadáveres se amontonaban en las calles esperando al carromato que los recogía para ser quemados extramuros de la ciudad. El hedor era insufrible. La Puerta del Sol, situada justo detrás del Convento de las monjas Canoneras, no daba abasto con el fluir de las carretas de muerte. Una de las víctimas fue mi propio padre, ni las pócimas de mi maestro ni mis cuidados pudieron hacer nada por salvarle la vida. Recuerdo aquellos momentos con total desazón. Los lloros de mi madre y hermanos, la escueta y oculta ceremonia, la cérea palidez de la muerte haciendo presa en ese rostro paterno tan querido y venerado.

Se fueron sucediendo los años y mi prestigio como médico creció de tal forma que me llamaban las mejores familias cristianas y judías para atenderles. Recuerdo el caso de una niña, hija de unos aristócratas, a la que salvé la vida con una simple sangría; aquella gente sé que sufrió cuando partimos.

Vivíamos en una casa de dos plantas en la calle Gavín, próxima al río, pese a la humedad era luminosa y agradable; tenía un patio interior rebosante de geranios y, en el centro, una pequeña fuente; en el sótano, bajo tres candados guardábamos nuestros objetos religiosos y allí celebrábamos las ceremonias, ocultos, susurrando las salmodias, asustándonos de cualquier ruido. En un Yon Kipur alguien aporreó la puerta, se hizo un silencio sobrenatural y nadie movió una pestaña. Nunca supimos quien o quienes fueron, aunque pasados los años yo relaciono aquél incidente con los graves y posteriores acontecimientos

BAJO LAS GARRAS DE LA INQUISICIÓN

En 1484 se produjo una verdadera persecución tras la instauración de la Inquisición en Aragón un año antes. Las familias judías fuimos obligadas a declarar ante el Tribunal del Santo Oficio. Los interrogatorios se cebaron en médicos, abogados, y notarios, sobre todo, se supone que para controlar los niveles de ingresos y su repercusión sobre la Iglesia, pero las preguntas eran bien distintas, la inmensa mayoría de carácter religioso; les interesaba saber si conocíamos a la perfección el Credo, las partes de la Misa y demás, fueron jornadas tediosas; algunos de nuestros hermanos llegaron a ser detenidos al delatarles personas viles y traicioneras. Personas probablemente chantajeadas o amenazadas. Lo cierto es que íbamos con miedo a las dependencias de la Inquisición, muy próximas, curiosamente, al Palacio Arzobispal, pero salvo lo incómodo que resultaba, las horas perdidas y el orgullo destrozado, no existieron las supuestas torturas de las que todo el mundo hablaba. Sin embargo toda la judería estaba ya controlada por la Suprema, sabían quienes éramos todos, conversos y no; semejante control me hizo sospechar que algo se estaba gestando. En mayo de 1484 hubo un auto de fe en la Catedral. La Seo se hallaba abarrotada de gentes de toda condición, de toda raza y creencia. Cuatro años antes había habido un proceso contra Juan de Valderras por usura; aún no se había instaurado el Tribunal en Aragón y ya nos juzgaban sin ningún sonrojo. Decía que el templo estaba lleno. Desde donde yo me encontraba podía divisar perfectamente el Altar Mayor, habían colocado unos bancos a modo de tribuna y, en las paredes laterales, unos enormes tapices con escenas de la Pasión de Cristo. Un gran crucifijo gobernaba el estrado que, vacío, esperaba al reo. En el fondo del mencionado estrado, sobre un estandarte blanco la Cruz de San Andrés. En los bancos había dos dominicos, uno de los cuales era el Maestro Juglar y el otro Frederic Pradas, que antes había servido como soldado a las órdenes del recordado Juan II. Acompañaban a los frailes varios miembros de la Hermandad de la Sangre de Cristo y de la Cofradía de San Pedro Mártir. El templo estaba tomado por los soldados, que se disponían formados en filas a lo largo de las naves. Por la puerta de la sacristía aparecieron los acusados, tres mujeres y un hombre, flanqueados por cuatro soldados y dos leguleyos vestidos de negro. Eran cuatro pobres judíos a los cuales les habían colocado el sanbenito; en el capirote se podían ver llamas y representaciones de Satanás. Sus caras reflejaban un pavor dramático. Predicó el Maestro Juglar, totalmente influenciado por las incendiarias soflamas de Vicente Ferrer.

Les acusaban de realizar prácticas judaicas y de comer carne en Viernes. También de ayunar durante el Yon Kipur. No tuvieron defensa. La ceremonia duró más de tres horas y los cuatro fueron condenados y entregados al "brazo secular de la ley". Las gentes salimos en tropel del templo siguiendo a los pobres y asustados judíos a quienes todo el populacho insultaba. El patético cortejo recorrió la calle Palafox y pasando por delante de mi casa, en la calle Gavín, salió por Sepulcro hacia la Puerta del Sol. En la ribera del río cuatro postes se elevaban terroríficos sobre montones de leña seca. Los soldados, con sus lanzas, contenían a la excitada muchedumbre que se agolpaba para ver, en primera línea, el "espectáculo".

Los reos, a empellones, fueron conducidos hacia los postes y atados a ellos. Un soldado cetrino, de aspecto desaliñado, prendió, indiferente, fuego a la leña. Pronto se escucharon los primeros alaridos, los ajusticiados se retorcían sobre el poste y solicitaban un perdón que nunca iba a llegar. El olor a carne quemada comenzó a llenarlo todo. La cabeza de una de las mujeres se desprendió del tronco y cayó, rodando, por la ardiente leña hasta los pies de uno de los soldados que controlaban la ejecución; con un leve movimiento de su bota la apartó. La gente reía inmisericorde, o gritaba histérica presa de una absurda e

inhumana inmoralidad. Yo lloraba; pensaba que bien podría estar atado a uno de los postes yo mismo. Me dolía profundamente el martirio de mis hermanos; un martirio terrible por no renegar de unas creencias milenarias, de

unas costumbres propias, heredadas de siglos. No pude aguantar más y me alejé de allí.

En casa me esperaban mi hermana, a pesar de los terribles momentos recién casada, y mi hermano Isaac; estaban impacientes pues me habían visto desde la ventana pasar con la multitud. No podían dar crédito a lo que estaba ocurriendo. Comentamos que deberíamos irnos a algún otro lugar, pero, ¿a dónde?. Decidimos esperar a ver si se calmaba el ambiente. Un nuevo Inquisidor con fama de santo iba a llegar a Zaragoza y quizás las cosas cambiasen.

EL CRIMEN

Desde ese auto de fe, celebrado en mayo de 1484 hasta el lamentable crimen de la Seo pasó más de un año. Durante ese tiempo se celebró otro auto en el patio del Palacio Arzobispal; predicó fray Pedro Arbués, nuevo Inquisidor en Aragón y fraile dominico. Dos hombres y una mujer fueron ejecutados por judaizantes. Los vientos que corrían eran especialmente peligrosos para nosotros. Las familias cristianas que recurrían a mis servicios, lo hacían con el mayor de los miedos y tomando toda la cautela del mundo; siempre por la noche y pidiéndome que entrara en la casa por la puerta de las caballerizas. Se valían de múltiples subterfugios los que se atrevían a llamarme.

En muchas ocasiones, a falta de sinagoga, entraba en la catedral para meditar u orar. Me gustaba especialmente el tiempo de maitines; me apasionaba el canto gregoriano, sobre todo a esas horas de la madrugada. Oía embelesado el "Attende Domine", en donde la musicalidad sobrenatural de aquellas voces te llevaba el espíritu a los mismísimos pies de Yahveh, o el "Lapis Revolutus Est", con una sucesión increíble de cadencias, que, en cierta forma, recordaban los cantos de la sinagoga pero con muchísima más perfección.

Los Diputados zaragozanos no estaban, en general, a favor de la imposición del Tribunal de la Inquisición en Aragón por suponer que iba contra los Fueros Aragoneses y que implicaba una pérdida importante de independencia. Por ellos y por la angustiosa situación de la vida de los judíos, se inició la trama que iba a acabar con la vida del Inquisidor de Aragón y, consecuentemente, el comienzo de una implacable persecución contra todo lo judío, para terminar con la expulsión de los hijos de Israel de España en 1492.

Fue la noche del 14 de septiembre de 1485. Yo había salido a la casa de Lope Garcés, cuya esposa, Leonor, estaba enferma; no revestía gravedad la afección y no permanecí mucho tiempo en la mansión; desde la calle Vírgenes, pues ahí vivían, fui paseando despacio hacia mi casa. Al llegar a la Seo decidí entrar en la Catedral pues era la hora de maitines más o menos. En la iglesia, fuera noche cerrada, la oscuridad era casi total. Faroles y antorchas iluminaban muy discretamente las columnas, el coro y el Altar Mayor. La coral de canónigos estaba cantando el "O Redemptor"; distinguí, arrodillado, a fray Pedro Arbués. Había dejado su lanza de media asta recostada sobre las escaleras del púlpito de la epístola. Bajo su túnica se adivinaba la cota de mallas, no llevaba otra protección a pesar de los atentados que había sufrido con anterioridad. Ni tan siquiera había aceptado una simple escolta, a diferencia de Torquemada, al cual llegaron a escoltar doscientos hombres de a caballo. Ahí estaba Pedro Arbués, de rodillas, rezando con los ojos cerrados. Yo debía encontrarme como a veinte metros de él, en la penumbra. Un leve chasquido hizo volver mi rostro hacia la Puerta de Pabostría; observé que por ella entraban seis personas con inusitado silencio y celeridad; al aproximarse hacia donde yo estaba, reparé en que dos de ellas llevaban máscaras, los otros, ¡Oh Dios!, iban a cara descubierta y perfectamente reconocibles. Veo que por la Puerta Mayor entra otro grupo de cinco, cuatro judíos y un nuevo enmascarado. No percibe mi presencia ninguno de los grupos. La coral sigue con su cadencia divina y misteriosa, notas que suben y bajan como un torbellino de mística y de amor. Fray Pedro Arbués, absorto, no se da cuenta del peligro de muerte que corre. Observo que de la puerta de la Sacristía sale Frederic Pradas, quien, en ese momento, se dirige hacia el atril para continuar con las lecturas.

Todo ocurrió con una rapidez asombrosa. El primer grupo lo componían dos enmascarados, por lo que deduje que debían ser cristianos, Juan de Pero, Jaime de Montesa, Vidau Durango y Juan de Sperandeu, todos ellos conversos y conocidos por mí; inmediatamente resonaron en mis oídos aquellos golpes en la puerta de mi sótano en el Yon Kipur. Del otro grupo distinguí a Juan de la Abadía, Mateo Ram y Tristanico Leonís, no así al cuarto hombre ni, por supuesto, al tercer enmascarado. Confluyeron las dos cuadrillas delante de mí, a escasos pasos. Oí que Abadía le decía a Durango: "Dale, que es ese", señalando imperiosamente al fraile dominico. En un momento, Durango se acercó por detrás al Inquisidor y le asestó un terrible golpe con la espada. Los conjurados salieron corriendo en dirección a la puerta de Pabostría. Entonces ví a fray Frederic que venía, apresurado, lanza en ristre; el coro calló.

Yo salí de entre las sombras y me acerqué raudo hacia el fraile, que se había levantado y tambaleaba. Aún pude ver a Durango que volvía su cabeza y me miraba con odio. Entre tanto Frederic Pradas llegaba también a mi altura y, entre los dos, depositamos sobre un banco a Pedro Arbués.

"Soy médico"- le dije

"Lo sé, te conozco; es mi obligación"- respondió

Comprobé el estado de Arbués y ví que la herida era mortal, la sangre fluía a borbotones pues le habían seccionado la carótida. El Inquisidor había perdido la consciencia y estaba terriblemente pálido; intenté taponarle como pude la herida. En seguida la escena se llenó de gente, los canónigos del coro, el resto de los frailes que no se habían percatado de nada, una patrulla de soldados a los que había avisado alguien... Frederic me miró y me dijo: "Vete o tendrás problemas, avisaremos al médico personal del Arzobispado". Me fui sin ningún convencimiento. Sabía que tarde o temprano tendría que declarar ante el Tribunal, si bien me sentía incapaz de delatar a nadie. Salí hacia casa por la puerta de la calle Palafox, clareaba, el Arco del Deán acogía a un grupo de soldados que me miraron con desconfianza. Llegué a casa dominando el pánico. Fui a despertar a mi hermano Isaac pero no estaba, algo en mi interior se revolvió. No me acosté.

LA CONSECUENCIA INMEDIATA

No habían trascurrido ni cuatro horas del horrendo crimen, cuando oí que, desde la calle, se elevaba un enorme griterío. Miré por entre las rendijas de la persiana y ví a un centenar de enloquecidos cristianos que, con teas en la mano, clamaban venganza. La noticia del atentado a Pedro Arbués se había extendido rápidamente por toda Zaragoza; el gentío paró su marcha delante de la puerta de mi casa e inmediatamente supuse que alguien debió reconocerme en el lugar del crimen, los insultos y la actitud amenazadora de aquellas gentes crecía por momentos; decidí huir por una puerta falsa del sótano, un pasadizo comunicaba mi casa con la del rabino Slomo Buisán. La sobrina del rabino, Miriam Cebollada, me abrió la puerta, camuflada igualmente, con gesto de inmensa preocupación. Los alborotadores llenaban la aljama buscando culpables por todas partes. Los soldados que patrullaban el barrio se estaban inhibiendo descaradamente y un grupo de exaltados se había llevado a Slomo sin tener en cuenta su estado de salud y su avanzadísima edad. Miriam estaba desolada, desde la muerte de sus padres, su tío había llenado el tremendo vacío con singular afecto y dedicación. Se temía lo peor: el linchamiento. No sabíamos qué hacer, por los ventanales de la casa el resplandor nos anunciaba que se había iniciado la quema de la judería, si nos quedábamos dentro de la mansión, el riesgo de ser quemados vivos dentro de ella era muy cierto y real y si salíamos acaso nos quemaran directamente; optamos por lo último y abandonamos la casa en dirección al río. Tuvimos suerte, el alboroto se había trasladado a la plaza de Asso desde donde se elevaba hacia lo alto una espesa columna de humo negro. Salimos a la ribera y pudimos observar que una cincuentena de soldados controlaba la Puerta del Sol y dejaba salir a los judíos que huían despavoridos. Murieron muchos aquél día, nunca nadie supo a ciencia cierta cuantos, pero seguro que como mínimo un centenar. Tampoco se salvaron de las llamas muchas casas. Fue dantesco sencillamente.

En la ribera coincidimos con mi tío David de Figueras y su hijo Joseph. Atardecía. No encontramos al rabino, tampoco a mi hermano Isaac, ni a mi hermana Sara y su marido Yehuda. Los soldados nos dijeron, no sin cierta y cruel ironía, que podíamos volver a nuestras casas, que el "incidente" había sido controlado. Más tarde supe que no hubo detenidos. El fuego se mantenía vivo en alguna de las casas y vimos como las gentes corrían arriba y abajo de las calles con cubos de agua. Los muertos aparecían por todas partes en posturas grotescas. Era el ambiente más desolador que uno pudiera imaginar. Llegamos los cuatro a mi casa. La puerta estaba totalmente quemada y la balconada principal también, aún humeaba. Entramos. La puerta del sótano había sido forzada y se habían llevado todo lo que supusieron tenía algún valor. En donde hasta hacía unas horas florecían los geranios ahora era un conglomerado de tierra, ramas quebradas y pétalos de flores ennegrecidos; la fuente había sido destrozada y el agua fluía triste y libremente, encharcando toda aquella ruina. Por la galería habían tirado al patio interior todos los muebles. Camas, bargueños, armarios y alacenas componían un cuadro de destrucción y odio. Todo estaba roto o quemado. En mi cuarto, en un rincón, mi morral de médico intacto. Lo abrí y estaba en orden, no se habían llevado ni el más pulido escalpelo. Decidimos salir a la calle e indagar sobre el resto de la familia. Fue un caminar penoso pues los muertos que encontrábamos eran conocidos, algunos incluso familiares lejanos. En la calle Torrellas dimos con mi hermana y su marido. Habían salvado sus vidas milagrosamente entrando sin ser vistos en el Convento de Canoneras del Santo Sepulcro; estuvieron escondidos todo el día tras el altar de una de las capillas laterales de la Iglesia. Al llegar a la plaza de las Tenerías todos lanzamos un grito de dolor. En una pica, clavada en lo alto, vimos la cabeza de Slomo. Estaba en el centro de la plaza, ensangrentada y escarnecida. Miriam no encontraba consuelo y lloraba y vomitaba a la vez. Recogimos la cabeza entre algunos paños que hallamos, con el objeto de enterrarla al día siguiente; del cuerpo no había rastro alguno. Llegamos a la casa de David y Joseph. Estaba en pie. No había sido atacada. El día terminaba.

UNA EJECUCIÓN EJEMPLAR

Dos días duró Pedro Arbués desde el atentado. Su médico era un judío catalán, el Maestro Ebri; le asistió en los momentos finales. Me lo encontré meses después y me dijo que las últimas palabras las había mantenido con él.

"Sí, yo le dije: "Magíster, vos anareu prest al Cel" y él, con extraña calma me respondió en latín: "Laetatus sum in his, quae dicta sunt mihi in domun Domini ibimus" y siguió en español: "Loado sea Jesucristo que muero por su Santa Fe"- me contó con voz grave.

"Samuel, aquel hombre era un hombre de bien"-afirmó.

Tras los graves disturbios del día 15 de septiembre, la tensión se calmó relativamente. Fue debido a la actuación del Arzobispo de Zaragoza Don Alonso, que mantuvo a raya a los más exaltados. Se comentaba que tanto Don Alonso como su padre, el Rey Fernando, estaban al cabo de la conjura y sus previsibles consecuencias. Nada se supo de los enmascarados y sí fueron detenidos los conversos, incluso los que dominados por el pánico huyeron a Tudela. En tres años hubo 70 ejecuciones, pero la más impactante fue la que tuvo lugar en junio de 1486, juzgando a Sperandeu y a Durango. Nos convocaron a toda la judería en un curioso bando municipal. Se hablaba de reconstrucción, de hermandad, de buscar antiguas actitudes, de concordia. Pero en el fondo fue un deseo de disgregación, de demostrar nuestra perversidad. El sentimiento antisemita se hallaba en todos los lugares de Zaragoza y esa ejecución marcó un tiempo, unas formas, una situación irreversible. Fue una mañana calurosa. El alba parecía trastocar los muros de Santa María la Mayor, el templo de la Virgen del Pilar, con unas luces rojizas de amanecer. Desde las barcazas del río a la altura de esa iglesia gótica, hasta el puente de madera casi inmolada de la Puerta del Sol, todo era muchedumbre, zoco y mercado, venta de frutas y verduras. Se iba a ajusticiar a tres judíos y esa era condición para comerciar, para sacar un mísero ducado de una sonrisa, de una muerte organizada. A la hora tercia, toda la ribera en multitud, salieron los soldados con los reos; a Sperandeu lo ataron de todos sus miembros a las patas de cuatro caballos albos; en un momento salieron los corceles al galope y el hombre quedó descuartizado. No hubo tiempo para más. Sólo se escuchaba el sórdido jolgorio del gentío. A Durango, autor material del crimen de Pedro Arbués, lo arrastraron con los caballos por toda la ribera, y cuando lo creyeron herido de muerte, un verdugo cortó su cabeza y la expuso al jubiloso público; hizo lo propio con las manos que se mantuvieron hasta pudrirse en las puertas de la Diputación. Se había consumado la revancha. La gran ejecución habíase llevado a cabo. Nosotros, los judíos de la aljama de Zaragoza, veíamos morir nuestra existencia. No era una guerra puesto que nosotros no teníamos armas; fue, sencillamente, un exterminio, un deseo brutal de unicidad, un latrocinio de ideas y sentimientos. Se fueron sucediendo las ejecuciones. En ese mismo día fueron "relajados" doce judíos conversos. La sangre teñía la ribera del Ebro, el color rojizo no iba a dejar de ser la esencia más característica de aquella Zaragoza de nieblas y de vientos, el color de la iniquidad y de la muerte.

CAMINO AL EXILIO

Habían pasado seis años trágicos desde aquella mañana de incomprendiones, de desbordados sentimientos. No se vivía en la aljama, sólo se intentaba no morir. De vez en cuando algún asesinato casi ritual, de vez en cuando alguna violación de desconocidas, para los cristianos, mujeres, también desaparecían niños que comenzaban a vivir, a zascandilear por aquel barrio judío tan antiguo y tan marchito. Todo eran dolores y sin sentidos. Entonces, en esos momentos infecundos llenos de desesperanza llegó la solución final. Llegó en forma de Edicto, cuando

los Reyes Católicos echaron a los moros de Granada; y ese edicto, que lo guardo sin rencor, sólo con una pena inmensa, decía así:

Los Reyes Fernando e Isabel, por la gracia de Dios, Reyes de Castilla, León, Aragón y otros dominios de la corona- al príncipe Juan, los duques, marqueses, condes, ordenes religiosas y sus Maestres,... señores de los Castillos, caballeros y a todos los judíos hombres y mujeres de cualquier edad y a quienquiera esta carta le concierna, salud y gracia para él.

Bien es sabido que en nuestros dominios, existen algunos malos cristianos que han judaizado y han cometido apostasía contra la santa fe Católica, siendo causa la mayoría por las relaciones entre judíos y cristianos. Por lo tanto, en el año de 1480, ordenamos que los judíos fueran separados de las ciudades y provincias de nuestros dominios y que les fueran adjudicados sectores separados, esperando que con esta separación la situación existente sería remediada, y nosotros ordenamos que se estableciera la Inquisición en estos dominios; y en el término de 12 años ha funcionado y la Inquisición ha encontrado muchas personas culpables además, estamos informados por la Inquisición y otros el gran daño que persiste a los cristianos al relacionarse con los judíos, y a su vez estos judíos tratan de todas maneras a subvertir la Santa Fe Católica y están tratando de obstaculizar cristianos creyentes de acercarse a sus creencias.

Estos Judíos han instruido a esos cristianos en las ceremonias y creencias de sus leyes, circuncidando a sus hijos y dándoles libros para sus rezos, y declarando a ellos los días de ayuno, y reuniéndoles para enseñarles las historias de sus leyes, informándoles cuando son las festividades de Pascua y como seguirla, dándoles el pan sin levadura y las carnes preparadas ceremonialmente, y dando instrucción de las cosas que deben abstenerse con relación a alimentos y otras cosas requiriendo el seguimiento de las leyes de Moisés, haciéndoles saber a pleno conocimiento que no existe otra ley o verdad fuera de esta. Y así lo hace claro basados en sus confesiones de estos judíos lo mismo a los cuales han pervertido que ha sido resultado en un gran daño y detrimento a la santa fe Católica, y como nosotros conocíamos el verdadero remedio de estos daños y las dificultades yacían en el interferir de toda comunicación entre los mencionados Judíos y los Cristianos y enviándolos fuera de todos nuestros dominios, nosotros nos contentamos en ordenar si ya dichos Judíos de todas las ciudades y villas y lugares de Andalucía donde aparentemente ellos habían efectuado el mayor daño, y creyendo que esto sería suficiente de modo que en esos y otras ciudades y villas y lugares en nuestros reinos y nuestras posesiones sería efectivo y cesarían a cometer lo mencionado. Y porque hemos sido informados que nada de esto, ni es el caso ni las justicias hechas para algunos de los mencionados judíos encontrándolos muy culpables por lo por los susodichos crímenes y transgresiones contra la santa fe Católica han sido un remedio completo obviar y corregir estos delitos y ofensas. Y a la fe Cristiana y religión cada día parece que los Judíos incrementan en continuar su maldad y daño objetivo a donde residan y conversen; y porque no existe lugar donde ofender de mas a nuestra santa creencia, como a los cuales Dios ha protegido hasta el día de hoy y a aquellos que han sido influenciados, deber de la Santa Madre Iglesia reparar y reducir esta situación al estado anterior, debido a lo frágil del ser humano, pudiese ocurrir que podemos sucumbir a la diabólica tentación que continuamente combate contra nosotros, de modo que, si siendo la causa principal los llamados judíos si no son convertidos deberán ser expulsados de el Reino.

Debido a que cuando un crimen detestable y poderoso es cometido por algunos miembros de algún grupo es razonable el grupo debe ser absuelto o aniquilado y los menores por los mayores serán castigados uno por el otro y aquellos que permiten a los buenos y honestos en las ciudades y en las villas y por su contacto puedan perjudicar a otros deberán ser expulsados del grupo de gentes y a pesar de menores razones serán perjudiciales a la República y los mas por la mayoría de sus crímenes sería peligroso y contagioso de modo que el Consejo de hombres eminentes y caballeros de nuestro reinado y de otras personas de conciencia y conocimiento de nuestro supremo concejo y después de muchísima deliberación se acordó en dictar que todos los Judíos y Judías deben abandonar nuestros reinados y que no sea permitido nunca regresar.

Nosotros ordenamos además en este edicto que los Judíos y Judías cualquiera edad que residan en nuestros dominios o territorios que partan con sus hijos e hijas, sirvientes y familiares pequeños o grandes de todas las edades al fin de Julio de este año y que no se atrevan a regresar a nuestras tierras y que no tomen un paso adelante a traspasar de la manera que si algún Judío que no acepte este edicto si acaso es encontrado en estos dominios o regresa será culpado a muerte y confiscación de sus bienes.

Y hemos ordenado que ninguna persona en nuestro reinado sin importar su estado social incluyendo nobles que escondan o guarden o defiendan a un Judío o Judía ya

sea públicamente o secretamente desde fines de Julio y meses subsiguientes en sus hogares o en otro sitio en nuestra región con riesgos de perder como castigo todos sus feudos y fortificaciones, privilegios y bienes hereditarios.

Hágase que los Judíos puedan deshacerse de sus hogares y todas sus pertenencias en el plazo estipulado por lo tanto nosotros proveemos nuestro compromiso de la protección y la seguridad de modo que al final del mes de Julio ellos puedan vender e intercambiar sus propiedades y muebles y cualquier otro artículo y disponer de ellos libremente a su criterio que durante este plazo nadie debe hacerles ningún daño, herirlos o injusticias a estas personas o a sus bienes lo cual sería injustificado y el que transgrediese esto incurrirá en el castigo los que violen nuestra seguridad Real.

Damos y otorgamos permiso a los anteriormente referidos Judíos y Judías a llevar consigo fuera de nuestras regiones sus bienes y pertenencias por mar o por tierra exceptuando oro y plata, o moneda acuñada u otro artículo prohibido por las leyes del reinado.

De modo que ordenamos a todos los concejales, magistrados, caballeros, guardias, oficiales, buenos hombres de la ciudad de Burgos y otras ciudades y villas de nuestro reino y dominios, y a todos nuestros vasallos y personas, que respeten y obedezcan con esta carta y con todo lo que contiene en ella, y que den la clase de asistencia y ayuda necesaria para su ejecución, sujeta a castigo por nuestra gracia soberana y por la confiscación de todos los bienes y propiedades para nuestra casa real y que esta sea notificada a todos y que ninguno pretenda ignorarla, ordenamos que este edicto sea proclamado en todas las plazas y los sitios de reunión de todas las ciudades y en las ciudades principales y villas de las diócesis, y sea hecho por el heraldo en presencia de el escribano público, y que ninguno o nadie haga lo contrario de lo que ha sido definido, sujeto al castigo de nuestra gracia soberana y la anulación de sus cargos y confiscación de sus bienes al que haga lo contrario.

Y ordenamos que se evidencie y pruebe a la corte con un testimonio firmado especificando la manera en que el edicto fue llevado a cabo.

Dado en esta ciudad de Granada el Treinta y uno día de marzo del año de nuestro señor Jesucristo de 1492.

Firmado Yo, el Rey, Yo la Reina, y Juan de la Colonia secretario del Rey y la Reina quien lo ha escrito por orden de sus Majestades.

Fue el inicio de nuestro Exodo, una huida hacia el mar sabiendo que no habría retorno. De los puertos de Tarragona, Amposta y Sagunto partían barcos atestados de judíos; por los caminos de Castilla el destino era Portugal, y una vez allí América. Fue un espanto.

Recibí noticias de mi hermano Isaac a los dos años de su desaparición; desgraciadamente había sido relajado en la hoguera en Lérida, no sé cómo llegó allí, ni porqué, pero sentí una pena inmensa; casi tan grande como la pérdida de mi madre, muerta poco después que mi padre; los miedos, las penas y preocupaciones acabaron con ella.

Salimos de Zaragoza un 11 de abril, cuando ya habían partido casi todos los judíos de la aljama; un carromato y dos mulas había conseguido de una familia cristiana que nos tenía afecto. Casi no llevábamos nada más. Joseph de Figueras y Miriam Cebollada, se habían casado, su padre había sido asesinado en 1490, ¡pobre tío David!, nunca hizo daño y murió, apuñalado, a las dos de la tarde en plena plaza Rebolería. De modo que los Figueras

junto con mi hermana, su marido y yo, componíamos un grupo heterogéneo y silencioso. Recogimos el carruaje en la calle Mayor y abandonamos la ciudad por la Puerta Cineja. Rodeamos las murallas y, previo pago, nos cruzaron el río en una barcaza. Allí, aunque no quería, no pude evitar volver la cabeza. Ví la silueta, recortada contra un cielo azul raso e hiriente, de Santa María la Mayor y, al fondo, la orgullosa torre y el cimborrio de la catedral. Todos mis recuerdos se agolpaban en la memoria. Lloré amargamente, me sentía inconsolable y ninguno de mis "porqués" obtenía respuesta.

Iniciamos el camino rumbo a Cataluña; por otras sendas se fueron uniendo más grupos de judíos, de manera que éramos un centenar aproximadamente. El judío, aun en la tristeza, no puede estar mucho tiempo callado y pronto se escucharon los primeros cánticos y melodías sefarditas. Mas parecíamos romería que no unos pobres diablos camino de una tierra de nadie.

A muchas personas dábamos lástima y nos obsequiaban con viandas o nos dejaban dormir en sus establos. Curioso de verdad. En el fondo así es la condición humana, primero te aporrea, luego te abrazan. Tardamos 7 días en llegar a Tarragona y decidimos tomar un navío que iba a una isla Mediterránea: Cerdeña. Allí, de momento, los judíos podían vivir. Fue muy dura la partida del puerto tarraconense. En popa observaba como la costa se iba alejando paulatinamente, hasta dibujarse como una delgada línea ocre en el horizonte. Ocre es el color de España, de mi Sefarad; aquella patria a la que nunca volveré. Luego vino el mar, todo el mar.

JERUSALÉN. ABRIL DE 1494

Finalizo este manuscrito con el recuerdo de Sefarad. Los casi dos años que hemos pasado en Oristano han calmado muchos de mis ánimos. Han ejercido sobre mí un efecto de bálsamo purificador. Acaso haya sido fundamentalmente el mar, ese mar que ví por vez primera en el puerto de Tarragona, ese mar que se contempla y que admite en su profundidad toda la profundidad de nuestras almas.

En este tiempo de Cerdeña he ejercido la medicina a cuentagotas y fundamentalmente he dedicado mi existencia a meditar y escribir. Ha sido tiempo de reposo, necesario y vivificador. Tiempo de paz, de interiorización.

Tanto mi hermana y su marido como Miriam y Joseph salieron antes que yo de la isla hacia Jerusalén y, con la ayuda de muchos, construyeron esta hermosa casa para todos. En ella tengo una pequeña habitación orientada al oeste, con una amplia ventana que me permite ver los campos de olivares y de almendros. De la casa parte un camino que enlaza con el famoso Getsemaní, el Huerto de los Olivos, aquel lugar donde prendieron al Nazareno.

Aquí tengo amigos judíos y cristianos. Hablo mucho de España con un fraile franciscano; pasamos largos ratos contándonos cosas de Zaragoza yo y de Burgos él, su ciudad natal. A veces intercambiamos conocimientos de nuestras creencias. Nunca discutimos, simplemente nos escuchamos y aceptamos.

Suelo caminar mucho, tanto por los campos como por el centro de la ciudad. Recorro sus barrios empapándome de la vida. Compró y regateo en los zocos al ser amalgama de buenas sensaciones. Es cierto que Jerusalén es el centro del mundo. Aquí se vive todo y, profundizando en el espíritu, se llega a entender todo.

He perdido los odios, los deseos revanchistas, las venganzas. Me queda, eso sí, y mucha, la nostalgia. En estos momentos me llega por la ventana desde el huerto, una deliciosa copla sefardita entonada tenuemente por mi hermana:

"Saludemos al compadre y también al mohel que por su zejut nos venga el goel y ri'hma a todo Israel Cierto loaremos al verdadero"

Tantos recuerdos.....

Yo Samuel Benachá, en Jerusalén, primavera de 1494

Samuel Benachá murió en Jerusalén en 1516, un año antes de que los otomanos conquistaran la ciudad derrotando al ejército mameluco. Yo soy descendiente directo de su hermana Sara. Un biznieto de aquel matrimonio emigró en el siglo XVII a Argentina. Yo nací en Buenos Aires en 1780.

El Manuscrito de Samuel fue pasando de generación en generación hasta llegar a mis manos; mi madre, María Lerín, que era zaragozana, se emocionaba al saber que aquel libro envejecido trataba de su ciudad. No sabía sefardita. Yo lo tuve que estudiar para traducir el Manuscrito. Tardé muchos años en conocer Zaragoza y, desgraciadamente, la conocí cuando aún se notaban las huellas de la Guerra de la Independencia en la ciudad,

con muchas casas derruidas y palpitantes las penas y los daños en sus habitantes. Sin embargo me gustó muchísimo y sentí, sí, sentí que me acompañaban los espíritus de mis antepasados. No hay rastro de los judíos; sólo unos míseros baños en la calle del Coso, pero se nota que allí vivieron; hay un extraño y sutil ambiente en lo que entonces fue judería que se mantiene hasta hoy. Quizás sean los rezos, quizás la epopeya vivida en la persecución, o acaso aquellas almas que se resistían a abandonar la ciudad, su ciudad, y que, imperceptiblemente, dejaron algo de ellas sobre el cielo de Zaragoza

David Elmalen, Buenos Aires, agosto de 1834

No ha sido una pinta de Guinnes, han sido dos. Dos pintas y muchos sentimientos encontrados. ¿Qué hubiera ocurrido si las tres razas hubieran podido convivir?. Acaso ahora España, Zaragoza, serían un ejemplo para todo el mundo y, probablemente, un faro inmenso de cultura. Algo inenarrable, casi impensable. Seguramente la situación económica hubiera sido muchísimo más desahogada y ello hubiese convertido en victorias muchas de las derrotas en las innumerables guerras que desde Fernando e Isabel padeció nuestro país. En fin, esos condicionales no son más que un pequeño juego intelectual. Apuro mi segunda pinta e introduzco con parsimonia el libro en el bolsillo de mi abrigo plegado sobre la silla vecina. Decido irme al hotel

Resido en el Holiday Inn Park Royal, en Victoria Road. Hace frío, un frío húmedo y desagradable. A la salida del pub cojo un taxi. No hay conversación. En pocos minutos estoy en el hotel. Son las nueve de la noche y algo debería cenar; lo cierto es que no tengo demasiado apetito. En el bar consumo una ensalada y un rosbif; vuelvo a sacar el libro del bolsillo del "Ioden"; lo acaricio. Me pongo en el lugar de Samuel, médico como yo, zaragozano como yo, y sin embargo, que vidas tan contrapuestas. Pido un te y un escocés sin hielo. Me acomodo en uno de los sofás del bar y vuelvo a releer el manuscrito. Es curioso como estas vivencias tan alejadas las hacemos tan nuestras, como nos llegan a ese lugar del corazón de manera fluida, sin ninguna cortapisa. Asumimos culturas y razas diferentes porque sabemos que esas experiencias podíamos vivirlas cualquiera de nosotros. Imaginémonos hoy presos en un país fundamentalista, acaso nuestros miedos fueran los mismos que padeció Samuel Benachá.

Me viene a la memoria el viejecillo de la añeja librería. Tengo la sospecha que algo tiene que ver con Samuel. Me gustaría poder volver a verle y charrar un rato con él. Termino el whisky y subo a mi habitación. Es una habitación impersonal, como la de cualquier hotel moderno en cualquier ciudad occidental. Me asomo al ventanal. Nadie por la calle. Frío y niebla. Soledad. Casi no recuerdo de qué iban las conferencias de esta mañana. Veo la guía telefónica de Londres y busco las tiendas de libros. En la "E", leo: Elmalen, Samuel, Carlington Street 22,..... Mañana, antes de partir para Heathrow pasaré por la librería. No tengo valor para llevarme el Manuscrito a Zaragoza. Lo veo en la mesilla. Algo ha cambiado en mi interior. Apago la luz.

Me he despertado temprano y casi sin desayunar he tomado un taxi hacia la vieja librería. Ya estaba abierta. He entrado raudo, como conociendo de toda la vida el lugar, como sabiendo el misterio que envolvía al librero, como percibiendo lo que ocultaba la misteriosa cortina granate. El viejecillo, Samuel, se ha sorprendido al verme.

"¿No le gustó el manuscrito? - me ha dicho con extraña voz

"Muchísimo Samuel, pero esto le pertenece a usted y a su familia"- he contestado seguro de mí mismo.

"Vaya, veo que usted indagó"- repuso

"Jeje, no ha sido muy difícil. Bueno, tenga usted, olvide las doscientas libras"- le he dicho con convicción

"No, no, no, mire usted, este Manuscrito sabía que iba a acabar en Zaragoza, es su lugar de origen y allí debe quedar. Usted me ha demostrado que no puede llegar a mejores manos. Sea testigo de todas nuestras persecuciones. De todas las persecuciones que hoy habitan en el mundo por cualquier motivo, incluso por el religioso. Guárdelo amigo"- y se le escapó- "Vos sos el depositario de toda una tradición perdida, dela a conocer"

Emocionado le dí las gracias, entorné la mirada sobre la cortina granate, cogí mi bolsa y tomé un taxi rumbo al Aeropuerto. En la espera me volví a leer el Manuscrito. Sí, algo había cambiado en mi interior, aún no soy capaz de asumirlo.

Juan de Padura

En el vuelo Londres-Madrid, mayo de 2003

[volver](#)

